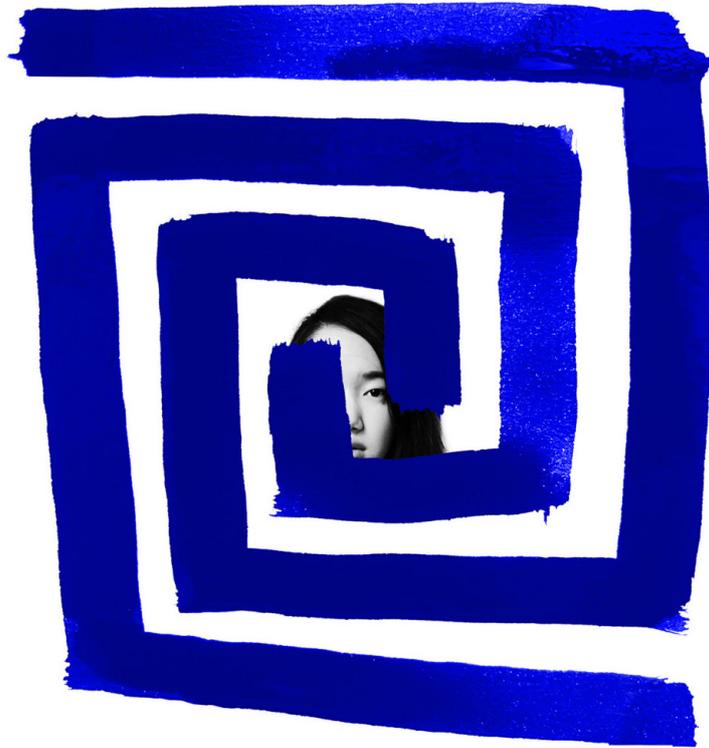




Guía de lectura

HAN KANG

La clase de griego



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

En un aula de Seúl, una mujer asiste a clases de griego antiguo. Rodeada de un pequeño grupo de estudiantes de filosofía e historia, sigue con atención las lecciones del profesor y permanece en silencio, incluso cuando él le pide que lea un poema en voz alta. Ella calla porque de su garganta las palabras no emergen desde que perdió recientemente a su madre y, tras un divorcio, la custodia de su hijo de ocho años, al que sólo puede ver de tanto en tanto. Pero esta no es la primera vez que enmudece: cuando era adolescente también se quedó sin habla hasta que, luego de someterse a varios tratamientos, el aprendizaje de un idioma extranjero le devolvió la capacidad del lenguaje. Es por eso que ahora alberga la esperanza de que el estudio de una lengua muerta y extraña le brinde una llave que destrabe las palabras que se agolpan en lo más profundo de su garganta mientras en silencio atraviesa la ciudad en bus desde la academia hasta la soledad de su pequeño apartamento, observando al pasar los rostros desconocidos que en medio de la noche se cruzan en su camino.

Su profesor ha regresado hace pocos años a Corea después de vivir desde la adolescencia en Alemania, donde ha dejado a su madre, a su hermana y una

historia de amor de abrupto y amargo desenlace. Dividido entre dos lenguas y dos culturas, ha perdido la posibilidad de arraigo, y a causa de una enfermedad ocular degenerativa debe lidiar con una vista que empeora día a día. Al borde de la ceguera total, sabe que, para él, pronto el mundo se sumirá en la oscuridad y que cuando llegue ese momento perderá la autonomía a la que ahora se aferra.

Desde su mutismo, y como quien bajo el hielo busca a tientas un camino de salida, ella lo observa y él, que ya casi no puede distinguir el contorno de las cosas, aprende a reconocer en el aula y los pasillos de la academia el sonido de su respiración y el aroma a jabón de manzana que desprende su cuerpo. La distancia, sin embargo, se interpone entre estos dos seres aislados en sus limitaciones hasta que una noche de verano, antes de entrar a clase, él tiene un accidente y pierde sus gafas. Desesperado y herido, pide auxilio y ella acude a su lado y lo acompaña al médico y después a su casa. Él habla y ella escucha. Ella ve y él se deja guiar. Apenas saben nada el uno del otro pero el encuentro entre ambos se convierte en un modo de salvarse, de permitir que la oscuridad dé paso a la luz y el silencio a la palabra.



RANDOM HOUSE

CLAVES DE LA NOVELA

Publicada originalmente en Corea en 2011, y finalista del premio Medicis Étranger en 2017, *La clase de griego* podría resumirse como el encuentro entre dos vidas anónimas y corrientes que, atravesadas por la pérdida, la soledad y el aislamiento, se cruzan en un momento de desesperación. Desde su brevedad y la aparente sencillez de una prosa despojada de florituras, sin embargo, esta novela se revela lentamente como una pieza rica en pliegues, en líneas que se abren, preguntas de respuesta inaccesible y microhistorias que se incorporan dentro de un relato que contiene en sí tanto dolor como belleza. El talento narrativo de Han Kang y su pericia para explotar la fuerza expresiva de una escritura atenta al lema de que menos es más, vuelve a manifestarse en una obra que, por un lado entronca, a través de su estilo y una protagonista femenina sometida al maltrato y la injusticia, con *La vegetariana*, la novela ganadora del International Booker Prize en 2016 que posicionó a

Kang a nivel internacional como una de las voces más relevantes de la literatura coreana contemporánea; y por el otro, con la trayectoria de la escritora en el terreno de la poesía.

El lenguaje es, por supuesto, la materia prima pero también uno de los temas en torno al cual orbita una novela de escritura elíptica y fragmentaria que, deudora de las formas poéticas, encuentra en la pausa, en el corte de la frase, en la repetición y el blanco de la página el modo de expresar la limitación y la impotencia de una mujer que ha perdido, a la par, el contacto con su hijo y el habla. A través de esta protagonista que, no casualmente, escribe poesía, Han Kang explora la lengua como vínculo con el mundo y forma de comunicación, y a su vez, en tanto materia: las palabras, además de significación, tienen peso y densidad, recorren el pecho, se atragantan, se escriben con el dedo en la palma de la mano del otro y se moldean para escarbar en el sentido de las cosas y del



RANDOM HOUSE

silencio. Si a este personaje enmudecido le corresponde la distancia de una narración en tercera persona, al protagonista masculino, en cambio, se lo acerca a través del uso de la primera persona y ambas voces alternan a lo largo de una obra donde mientras una observa los detalles de una realidad que no puede pronunciar, el otro percibe solo los contornos y sonidos de un mundo que pone en palabras, ya sea en cartas o en nostálgicos soliloquios que van horadando el silencio. Camino de la ceguera, la enfermedad degenerativa del profesor de griego es un motivo literario que conduce a una reflexión acerca de los sentidos, las ideas y el conocimiento de una realidad que puede confundirse con una ilusión. La filosofía antigua y, en concreto, el pensamiento de Platón impregnan una novela que, entre fragmentos de memoria, sueños y pesadillas recurrentes, adquiere una tenue textura onírica que se convierte también en forma de expresión de la desesperación profunda y contenida de dos personajes expuestos a la pérdida, la soledad, el desarraigo, la violencia y un silencio y una oscuridad que se extienden como precipicios.

Si el desarrollo de la novela corta suele articularse alrededor de las preguntas «¿qué ha pasado?» o «¿cuál ha sido la catástrofe?», *La clase de griego* se impulsa, en buena medida, por estos interrogantes. Lejos, sin embargo, de desplegar un relato que conduzca a respuestas precisas, con su escritura hecha de pausas, elipsis y fragmentos dispersos de una historia incompleta Han Kang transita la imposibilidad misma de los protagonistas, ese lugar en el que se anda a tientas y el lenguaje no consigue nombrar un mundo cuyo sentido, muchas veces, se escapa al entendimiento. Pero allí donde se alzan las barreras que los aíslan, surgen también intersticios que los conectan. Evocando el abrazo con un ser querido, el profesor recuerda el momento en que toma conciencia de la tristeza intrínseca del cuerpo humano con sus zonas cóncavas —brazos, axilas, entrepierna— hechas para encajar en el cuerpo del otro, y en esta memoria de juventud se condensa toda la pena y la inusual belleza de una novela que, palabra a palabra, ahonda en el perder y el límite, y al mismo tiempo, en el lento abrirse paso hacia el contacto, hacia una intimidad que desbarata el silencio y la soledad.



RANDOM HOUSE

LOS PERSONAJES

LA ESTUDIANTE

La protagonista anónima de esta historia es una profesora de literatura y poeta que enmudece repentinamente mientras está dando una clase en la universidad. Dos décadas atrás, cuando tenía dieciséis años, pasa por un episodio similar y lo supera tomando unas lecciones de francés. Esta vez, sin embargo, las palabras se hunden más y más en su garganta, convirtiéndola en una criatura silenciosa que emite únicamente el sonido suave de su respiración. Según su terapeuta la explicación más consistente para su problema está en el trauma por la muerte de su madre seis meses atrás y la pérdida de la custodia de su hijo de ocho años después de tres juicios en los que, dándole la razón a su exmarido, el juez la declara una persona hipersensible con bajos ingresos que no puede hacerse cargo de un menor. Para ella, en cambio, la respuesta no puede ser tan evidente y cree que hay algo en la raíz de su enmudecimiento que escapa al entendimiento, algo que tiene que ver con una voluntad suya de ocupar el mínimo espacio posible. El aprendizaje de una lengua muerta quizá le permita encontrar un camino de regreso al lenguaje y la saque de un círculo angustiante en el que la incapacidad de hablar le quita la posibilidad de recuperar la custodia de su hijo, al que añora con desesperación, lo que la conduce al dolor y al odio y de allí a una mudez que se profundiza más y más.

«No es propio de ella mirarse en el espejo, pero ahora ya no siente ninguna necesidad de hacerlo. Seguramente la cara que más se imagina y dibuja mentalmente una persona a lo largo de la vida es la suya propia. Sin embargo, ella ha dejado de evocar su aspecto, por lo que se ha ido olvidando de cómo es. Cuando por casualidad se encuentra con su reflejo en un vidrio o un espejo, se queda observando con fijeza sus ojos, pues esas nítidas pupilas parecen ser el único canal de comunicación entre ella y ese rostro desconocido.

A veces no se siente como una persona, sino más bien como una sustancia, una materia sólida o líquida en movimiento. Cuando come arroz caliente, se siente



arroz; cuando se lava la cara con agua fría, se siente agua. Al mismo tiempo es consciente de no ser ni arroz ni agua, sino que se siente como una materia dura y rígida que nunca se mezclará con ningún ser, vivo o no. Las únicas cosas que reclama con todas sus fuerzas al gélido silencio son la cara de su hijo, con el que se le permite pasar una noche cada dos semanas, y las palabras muertas en griego que escribe apretando con fuerza el lápiz».

EL PROFESOR

El otro protagonista anónimo de la novela es un profesor de griego antiguo que se acerca a los cuarenta años. En compañía de sus padres y su hermana, emigra a Alemania siendo un adolescente y allí, ante las dificultades que supone el aprendizaje del alemán y la integración a una nueva cultura, se vuelca al estudio del griego, una lengua en la que consigue sentirse más seguro. Alemania es también el lugar donde es testigo de cómo su padre, al igual que su abuelo, pierde por completo la visión a causa de una enfermedad degenerativa que él hereda. Ante la perspectiva de una ceguera progresiva que, inevitablemente, lo convertirá en una persona dependiente, regresa a los treinta y un años a Corea para preservar el máximo de tiempo posible su autonomía, pero tras toda su juventud en el extranjero descubre que ya no pertenece a ninguna parte. Solo y a caballo entre dos culturas, escribe cartas reales e imaginarias a su hermana, una soprano que continúa viviendo en Alemania; a su primer amor, una chica sordomuda que lo deja cuando él comete el error de pedirle que intente decir algo para conocer su voz y ella aún no está preparada para asumir sus limitaciones; y a un amigo y compañero de digresiones filosóficas que muere tempranamente. Mientras el mundo se va convirtiendo en manchas de luz y una oscuridad sin límites, él intenta disimular sus problemas de visión en la academia donde imparte clases de griego.

«Aunque he estado alguna vez en Suiza, nunca he ido a Ginebra, pues no me apetecía visitar la tumba de Borges para verla con mis propios ojos. En su lugar, recorrí la biblioteca de la abadía de San Galo, que de seguro habría provocado en el escritor argentino una fascinación sin límites si la hubiera conocido. Hasta me parece sentir en este momento la aspereza de las zapatillas de fieltro que nos hicieron calzar para proteger el suelo de madera de mil años de antigüedad. Luego tomé un barco en el embarcadero de Lucerna, que navegó por el lago hasta el atardecer bordeando la costa de los valles alpinos cubiertos de nieve.

No tomé fotos en ningún sitio. Los paisajes quedaron impresos en mis retinas. La cámara no puede registrar los sonidos, olores y texturas, pero estos se grabaron con todos sus pormenores en mis oídos, nariz, cara y manos. En aquel entonces, la espada no me separaba todavía del mundo, así que me bastó con eso».



RANDOM HOUSE

TEMAS PRINCIPALES

UN MUNDO QUE SE DESDIBUJA

«No había indicios de que una luz intensa pudiese perjudicarme, pero era mejor ser precavido, y me había aconsejado que usara gafas de sol en las horas en que la luz solar era más fuerte, y que por las noches utilizara una iluminación suave. Como no quería ponerme gafas de sol oscuras y llamativas como las que usaban las celebridades, había optado por unas gafas con unas lentes de un ligero tinte verdoso. De todas maneras, no me convenía mirar directamente al sol por mucho que me protegiera la vista con un negativo de película.

Te diste cuenta de que dudaba, así que volviste a escribir en la libreta:

“Más adelante”.

Como si lo hubieras hecho infinidad de veces y estuvieras acostumbrada a comunicarte por escrito, movías la mano con rapidez y precisión:

“Poco antes de que dejes de ver por completo”.

Fue entonces cuando descubrí que ya conocías mi diagnóstico. Y me hirió profundamente el imaginar a tu familia sentada alrededor de la mesa, hablando de mi enfermedad.

Me quedé callado. Tú esperaste un rato mi respuesta, luego cerraste la libreta y volviste a guardártela en el bolsillo.

Nos quedamos mirando el río.

Como si solo eso nos estuviera permitido.

Me asaltó entonces una tristeza desconocida, aunque comprendí al momento que no se debía a que me hubieras herido o humillado con tus palabras. Menos aún se debía al miedo o a la frustración por el futuro que me esperaba, puesto que en aquel entonces todavía faltaba mucho, todavía quedaba muy lejos, la edad en la que dejaría de ver por completo. Esa tristeza dolorosa y a la vez dulce emanaba de tu perfil serio, tan increíblemente cerca del mío; de tus labios, de los que fluía una sutil electricidad; de esas negras pupilas tuyas, tan nítidas».

«Cuando me aburro de mirar a la gente y de imaginar cosas, subo despacio al monte por el sendero que empieza detrás de la casa. Los árboles de color verde claro se mecen como una masa única y las flores se difuminan en los colores más increíbles. Al llegar al pequeño templo budista en la ladera del monte, descanso un rato sobre el entarimado del santua-



rio principal. Me quito las pesadas gafas y contemplo el mundo desdibujado en el que han desaparecido todos los contornos. La gente cree que cuando dejas de ver bien empiezas a oír mejor, pero eso no es cierto. Lo que percibes, sobre todo, es el paso del tiempo. Poco a poco te avasalla la sensación de que el tiempo, cual lento y cruel fluir de una sustancia descomunal, te atraviesa en todo momento de parte a parte».

«Hasta entonces nunca me había parado a pensar en ello. Llegué a Alemania siendo un adolescente, demasiado tarde para aprender a la perfección el alemán. Por mucho que me esforzase, las únicas asignaturas en las que podía sobresalir eran matemáticas y griego. No tenía nada de especial que un chico asiático fuera bueno en matemáticas, pero el griego era diferente, puesto que hasta mis compañeros que eran buenos en latín se desesperaban con el griego. Debido a la complejidad de su gramática y al hecho de que fuera una lengua muerta hacía miles de años, con el griego me sentía como en el interior de una habitación silenciosa y segura. Y cuanto más tiempo pasaba en esa habitación, más se me conocía como el chico asiático al que se le daba sorprendentemente bien el griego. Fue durante esa época cuando las obras de Platón empezaron a atraerme como un imán.

Pero ¿había sido realmente así? ¿No sería que me había sentido atraído hacia el mundo invertido de Platón por la razón que tú me planteaste? ¿Por la misma razón por la que me fascinó el budismo, que también descarta por completo la

realidad sensorial? Es decir, ¿porque sabía que inevitablemente llegaría el día en que dejaría de ver y perdería el mundo sensible?»

«Aquello le ocurrió por primera vez el invierno en que cumplió dieciséis años. El lenguaje, que la aprisionaba y la hería como una prenda hecha con miles de alfileres, desapareció de un día para otro. Podía oírlo, pero un silencio como una gruesa y compacta capa de aire se interponía entre el caracol de sus oídos y el cerebro. Rodeada por ese silencio opresivo, no podía acceder a la memoria que le permitía mover la lengua y los labios para pronunciar las palabras y sostener con firmeza el lápiz. Había dejado de pensar con el lenguaje. Se movía y lo comprendía todo sin acudir a la lengua. Un silencio anterior al habla, anterior incluso a la existencia, absorbía el fluir del tiempo y la envolvía por dentro y por fuera como una esponjosa capa de algodón».

«La pérdida del habla que sufre de nuevo no es cálida ni intensa ni nítida como hace veinte años. Si el primer silencio se parecía al de antes del nacimiento, el de ahora se parece al de después de la muerte. Si antes era como mirar el ondulante mundo exterior desde el fondo submarino, ahora se ha convertido en una sombra que se arrastra por la dura superficie de paredes y suelos mientras contempla desde fuera la vida que transcurre en un gigantesco tanque cisterna. Podía oír y leer cualquier palabra, pero no podía abrir la boca y pronunciar los sonidos. Era un silencio frío y extraño, como una



RANDOM HOUSE

sombra sin cuerpo, como el tronco vacío de un árbol muerto, como la materia oscura que llena el espacio sideral.

Veinte años atrás, la había tomado por sorpresa que una lengua extranjera desconocida, y no la materna, quebrase su mutismo. Si ahora estaba aprendiendo griego antiguo en una academia privada era porque esta vez quería recuperar el habla por su propia voluntad. A diferencia de los otros alumnos, a ella no le interesaba leer a Platón, Homero o Heródoto en su idioma original, ni tampoco los textos posteriores en griego koiné. Si hubiera habido un curso de algún otro idioma que usara una escritura todavía más exótica que el griego, como birmano o sánscrito, se habría matriculado sin el menor titubeo».

«No hay ninguna mecha encendida que haga explotar la pólvora fría cargada en su corazón. Solo reina el vacío dentro de su boca, como venas en las que ya no circula la sangre, como el hueco de un ascensor que no funciona. Vuelve a limpiarse la mejilla seca con el dorso de la mano. Si hubiera dibujado un mapa con los surcos dejados por las lágrimas... Si hubiera grabado con una aguja o con sangre la senda por donde fluían las palabras... “Pero era una senda demasiado terrible”, murmura desde un lugar más profundo que la lengua y la garganta».

«Antes de perder el habla, es decir, cuando utilizaba la lengua para escribir, a veces deseaba que las palabras que empleaba se asemejaran a gemidos, gritos suaves, quejidos reprimidos, gruñidos,

canturreos para apaciguar a un bebé en su cuna, risas contenidas, el sonido implorativo que producen dos pares de labios cuando se separan después de estar en contacto.

En ocasiones se detenía a observar las formas de las palabras que acababa de escribir y luego las leía en voz alta. En esos momentos percibía con claridad la incongruencia entre esas formas, aplanadas como insectos disecados clavados con alfileres, y su voz al intentar pronunciarlas. Entonces paraba de leer y tragaba saliva, sintiendo la garganta seca. De la misma manera en que cuando nos hacemos un corte o bien contenemos la hemorragia haciendo presión en la herida, o bien la estrujamos para que salga la sangre y evitar que los microbios entren en el torrente sanguíneo».

LA LENGUA PERDIDA

«Ella había escuchado esta anécdota infinitas veces por boca de sus tías, primas e incluso algunas vecinas cotillas. Como si se tratara de un conjuro, todas empezaban diciendo: “¿Sabes? Por poco no vienes a este mundo”.

Aunque era demasiado pequeña para identificar sus emociones, percibió con claridad la sobrecogedora frialdad que contenía esa frase. Por poco no viene a este mundo... La vida no le había sido dada como algo obvio y natural, sino que había recaído en ella por casualidad, una mera posibilidad entre las otras muchas contingencias que podrían haberle acaecido en la oscuridad más absoluta, como una frágil pompa de jabón que solo se



RANDOM HOUSE

había formado en el último suspiro. Una tarde, después de despedirse tímidamente de todos esos ruidosos parientes de risa fácil, se acurrucó en el entarimado de la casa para contemplar cómo caía el sol en el patio. Conteniendo la respiración y encogiéndose lo más que podía, sintió con todo su ser cómo la finísima, delicada y enorme corteza del mundo era engullida por la oscuridad. El terapeuta se interesó mucho por esa historia. Cuando le preguntó si ese era el primer recuerdo que tenía, ella le respondió que no y rebuscó en su memoria hasta sacar a relucir la tarde en que bajo el sol del patio descubrió los fonemas de su lengua materna. Esta anécdota fue también del agrado del terapeuta, quien probó a unir los dos recuerdos para sacar una conclusión.

—¿No será que esa fascinación que sintió por la lengua, a tal punto que es el primer recuerdo que conserva, se debe a que supo de manera instintiva que el lazo que une el lenguaje y el mundo es terriblemente débil? Es decir, puede que esa atracción por la lengua se asemeje en su inconsciente a la sensación de peligro y fragilidad que percibe en el mundo».

«En la época en que aún podía hablar, a veces, en vez de decir algo, se quedaba mirando fijamente a su interlocutor. Saludaba, daba las gracias y pedía disculpas con los ojos, como si fuese posible expresar a través de la mirada lo que quería decir. Para ella no existía una forma de relacionarse más inmediata y directa que la mirada, pues era la única forma de establecer contacto sin tocarse.

El lenguaje, en comparación, tenía una implicación física muchísimo ma-

yor. Había que poner en movimiento pulmones, garganta, lengua y labios, y lo que decía se transmitía haciendo vibrar el aire. Se le secaba la boca, salpicaba saliva, se le agrietaban los labios. Paradójicamente, cuanto más insoportable le resultaba este proceso físico, más locuaz se volvió. Utilizaba entonces oraciones largas e intrincadas, evitaba la fluida vitalidad de las frases coloquiales y alzaba más la voz que de costumbre. Y si la gente la escuchaba con atención, su lenguaje se volvía aún más abstracto y su sonrisa más amplia. Sin embargo, a medida que estas situaciones se fueron repitiendo cada vez con más frecuencia, más le costaba concentrarse en la escritura, incluso cuando se encontraba a solas.

Justo antes de perder el habla, se convirtió en una conversadora extrovertida y parlanchina. Y le costaba cada vez más escribir. Del mismo modo en que siempre le había disgustado que su voz se propagara por el aire, ahora no soportaba el modo en que las oraciones que acababa de escribir perturbaban el silencio. A veces, incluso antes de escribir nada, sentía ganas de vomitar tan solo de pensar en cómo distribuiría las palabras sobre el papel».

«Desde que ha perdido el habla, hay ocasiones en que ese extraño mundo se superpone al que ven sus ojos, como le ocurre ahora en el autobús que fluye a través del duro y oscuro bosque de la noche transportando su cuerpo exhausto; o cuando sube por las escaleras oscuras y estrechas de la academia y cruza el largo pasillo hasta llegar al aula; o cuando se queda contemplando el sol de la tarde,



RANDOM HOUSE

la quietud, los troncos y los rayos de luz amarilla que se filtran a través de las hojas de los árboles; o cuando camina bajo las coloridas bombillas y los letreros de neón, que titilan ruidosamente como a punto de explotar en cualquier momento. Desde que ha perdido el habla, todos los paisajes se convierten en fragmentos rotos de aristas definidas, como los papeletos de colores del caleidoscopio que cambian silenciosa y repetidamente de forma, cual infinitos pétalos fríos».

«Ella se inclina hacia delante.

Aprieta con fuerza el lápiz.

Agacha más la cabeza. Las palabras no se dejan asir.

Las palabras que han perdido los labios,

que han perdido los dientes y la lengua,

que han perdido la garganta y el aliento, no se dejan asir.

Como si fueran fantasmas incorpóreos, ella no puede tocar sus formas».

«Al final, sin experimentar sentimiento alguno, como si se acordara de otra persona con la que apenas tiene relación, recuerda aquel día. “¡Estás loca!” —le espeta alguien en la oscuridad cuando ella recobra el conocimiento. “¡Todo este tiempo he dejado a mi hijo en manos de una loca!”. La boca se le llena de palabras que pronuncian su lengua y su garganta, palabras sueltas, palabras resbaladizas que rasgan y hieren, palabras que saben y huelen a hierro. Sin embargo, antes de que las escupa, se clavan en ella como trozos rotos de una cuchilla de afeitar».

«Ella es consciente de que no perdió el habla debido a una experiencia en particular.

El lenguaje se fue deteriorando en el transcurso de miles de años, desgastado por el uso de incontables lenguas y plumas. Ella misma lo fue deteriorando a lo largo de su vida, con su propia lengua y su propia pluma. Cada vez que empezaba a escribir una oración, notaba su corazón gastado; su corazón remendado, consumido, inexpressivo. Cuanto más lo sentía, más se aferraba a las palabras, hasta que un día las soltó y sus manos quedaron vacías. Los fragmentos mellados cayeron a sus pies. Los dientes del engranaje dejaron de girar. Una parte de ella, el lugar de su interior más desgastado por el uso, se desprendió dejando solo el hueco, como un mordisco, como la marca que deja una cuchara en el blando tofu».

LECCIONES EN LA LENGUA DE PLATÓN

«—Por ejemplo, si utilizara la voz media del verbo “comprar”, querría decir que compré algo para mí. La voz media del verbo “amar” significa que el amar algo o a alguien afecta de algún modo a mi persona. En inglés existe la expresión *kill himself*; ¿verdad? En griego, se puede decir lo mismo con una sola palabra, sin necesidad de ese *himself* usando la voz media. De esta manera... —explica el profesor, al tiempo que escribe en la pizarra—: διεφθάρθαι [...] Ocho años atrás, cuando su hijo empezó a hablar, ella soñó con una palabra única que sintetizaba todas las lenguas. Fue una pe-



RANDOM HOUSE

sadilla tan vívida que se despertó con la espalda empapada en sudor. Se trataba de una palabra sólidamente comprimida por una densidad y una fuerza gravitatoria descomunales. En el instante en que alguien la pronunciara, esa lengua explotaría y se expandiría como la materia de los tiempos primigenios. Cada vez que, intentando dormir a su hijo al que le costaba tanto conciliar el sueño, caía en un ligero duermevela, soñaba que la inmensa masa cristalizada de esa lengua de peso colosal se instalaba en su corazón caliente, en el centro de sus palpitantes cavidades, como si fuera pólvora fría.

Apretando los dientes al acordarse de esa sensación gélida y escalofriante, ella escribe: διεφθάρθαι.

Una palabra fría y sólida como una columna de hielo.

Una palabra tan extremadamente autosuficiente que no necesita unirse a otras para ser entendida.

Una palabra que solo puede pronunciarse después de haber decidido, de un modo irrevocable, la causalidad y la actitud».

«A veces me hago preguntas utilizando esas argumentaciones de la lógica griega que tanto te disgustaban. Si tomamos como cierta la premisa que dice que, cuando perdemos algo, ganamos otra cosa, ¿qué es lo que he ganado yo al perder a ti? ¿Y qué es lo que ganaré cuando pierda la vista?

Hay inevitablemente algo dudoso e insatisfactorio en toda argumentación lógica, ya que son como una red de la verdad y la mentira a través de la cual escapan los sufrimientos, arrepentimien-

tos, obsesiones, tristezas y debilidades del ser humano, dejando solamente una serie de axiomas como un puñado de oro en polvo. Al tiempo que avanzo por la estrecha barra de equilibrio lanzando falacias con audacia, lo que veo a través de esa red de preguntas y respuestas nítidas y coherentes es un silencio ondulante como el mar azul. Aun así, continúo haciéndome preguntas y respondiéndolas con los ojos sumergidos en ese silencio, en una quietud inquietante y acerada que crece sin cesar como el agua».

«—Supongamos que existe la idea de la extinción... Sería una extinción limpia, buena y noble, ¿no te parece? Es decir, la idea de la nieve que se extingue, por ejemplo, sería una nieve que desaparece limpia, bella e impecable sin dejar rastro, ¿no crees?

—Escúchame bien —replicabas, negando con la cabeza—, la muerte y la extinción son lo opuesto a las ideas desde un principio. Una nieve que se derrite y se convierte en lodo no puede ser una idea.

Al oírte decir eso, este mundo efímero perdió todo su brillo. Sin embargo, ante mis ojos seguía desplegándose, como una oscura alucinación, un mundo donde la nieve revoloteaba eternamente sin derretirse nunca ni caer jamás al suelo.

—Escúchame bien —repetías en tono conciliador—, en la oscuridad no existen las ideas. Simplemente es oscuridad, una oscuridad de “menos cero”. Para decirlo de forma rápida y sencilla, no existen las ideas en el mundo infe-



rior a cero. Hace falta un mínimo de luz, por poca que sea. Sin ese mínimo de luz, no existen las ideas. ¿No lo ves? Tiene que existir un mínimo de belleza, de nobleza, de luz en “más que cero”. ¡La idea de la muerte y la extinción! ¿Cómo se te ocurre? Es como si me hablaras de un triángulo redondo».

«Tras romper el silencio, el hombre se comunicó al principio a través de sonidos indivisibles, como “aaah” o “uuuh”. Luego se crearon las primeras palabras y, con el transcurrir del tiempo, la lengua se fue haciendo cada vez más elaborada. Para cuando alcanzó el máximo grado de sistematización, había adquirido unas reglas extremadamente minuciosas y complicadas. Por esa razón resulta tan difícil aprender una lengua arcaica como el griego.

El profesor dibuja en la pizarra una curva con una pronunciada pendiente izquierda y una pendiente derecha más suave. Señalando con el dedo la parte más alta de la curva, sigue explicando:

—Una vez que alcanza su cota máxima, la lengua cambia hacia formas más sencillas, descendiendo en una curva suave y gradual. En cierto modo se trata de un deterioro, de su decadencia, pero, desde otro punto de vista, supone un avance. Las lenguas europeas de hoy en día son el resultado de un largo proceso de evolución que las hizo menos estrictas, menos elaboradas y menos complicadas. Es por eso por lo que, cuando leemos a Platón, saboreamos la belleza de una lengua arcaica que alcanzó su cenit hace miles de años [...] Dicho de otra manera, el griego que manejaba Platón

era como una fruta madura y plena a punto de caer del árbol. A lo largo de las generaciones siguientes, el griego clásico declinó rápidamente; y, junto con la lengua, decayeron también los estados griegos. En este sentido, se puede decir que Platón contempló el ocaso no solo de su lengua, sino también de todo cuanto le rodeaba».

«Quizá, más allá de cualquier pregunta o respuesta, más allá de cualquier cita o alusión o argumentación, lo que en verdad me habría gustado decirte durante el largo tiempo que compartimos sea lo siguiente:

Que cuando le devolvamos al mundo material la vida, lo más frágil, blando y triste que poseemos, no recibiremos ninguna compensación. Que cuando llegue ese día, no podré recordar todas las experiencias que habré acumulado hasta entonces en términos de belleza.

Que es en ese sentido de carencia como entiendo yo a Platón.

Que él también sabía que no existía la belleza,

que lo perfecto no existió ni existirá nunca, al menos en este mundo».

LA TRISTEZA DE LOS CUERPOS

«Los dos nos sobresaltamos. Sin recoger las gafas que cayeron al suelo, sin limpiarme la sangre ligeramente dulzona que me corría por la nariz y los labios, me abracé a tus piernas. Me rechazaste temblando, dejándome caer al suelo. Con los ojos brillantes de ira, abriste un instante la boca y gritaste:



RANDOM HOUSE

—¡Sal de aquí!

Esa voz...

Fue como el viento desgarrador que se cuela por el marco de la ventana una noche de invierno, como una sierra de calar cortando el hierro, como un vidrio que se resquebraja. Así era tu voz. Yo me arrastré y volví a abrazarme a tus piernas. ¿De verdad no lo sabías? Yo te amaba. En un arranque de locura, cogiste un madero y me pegaste con él en la cara. Me pregunto si viste las lágrimas ardientes corriendo por mis mejillas cuando me desmayé.

Después que la estupidez destruyera aquel periodo de mi vida y se destruyera a sí misma, me di cuenta de que, aunque hubiéramos vivido juntos, yo no habría necesitado tu voz tras quedarme ciego, pues, al mismo tiempo que el mundo visible se alejase de mí como la bajamar, nuestro silencio se habría ido perfeccionando a la par».

«No le dolían los pies ni estaba cansada. Se quedó un rato bajo la pálida luz que iluminaba la puerta del ascensor, con los ojos fijos en la puerta de su casa, pero de pronto dio media vuelta y salió del edificio. Caminó apresuradamente a través de la noche cálida, envuelta por los olores de todo aquello que había tenido vida y se estaba pudriendo. Apretó el paso hasta que entró casi corriendo en la cabina telefónica que estaba frente a la administración del complejo de apartamentos, y metió en la ranura las monedas que encontró en el bolsillo del pantalón.

—Dígame —respondió una voz de hombre.

Ella abrió la boca y soltó el aire; inhaló y volvió a exhalar.

—¡Dígame! —dijo más fuerte la voz.

Ella aferró el teléfono con dedos temblorosos.

“¿Cómo te puedes llevar al niño tan lejos? ¡Y además por tanto tiempo! ¡Maldito seas! ¡Eres un desalmado sin sentimientos!”.

Los dientes le castañeteaban descontroladamente, y no dejó de temblar hasta que colgó el aparato con la mano acalambrada. Se pasó con brusquedad la mano por la mejilla, casi como si se abofeteara, frotándose la nariz, el mentón y la boca que nadie amordazaba.

Esa noche, por primera vez desde que perdió el habla, se observó con atención en el espejo. Pensó que debía de estar viendo mal, porque sus ojos parecían extraordinariamente serenos. Se hubiera extrañado menos si exudaran sangre, o pus, o hielo derretido. Se vio a sí misma reflejada en silencio en sus ojos; y dentro de ese reflejo, se vio de nuevo reflejada en silencio, y una vez más... y así hasta el infinito.

El odio que desde hacía tanto tiempo hervía dentro de ella borboteaba sin desbordar; y el dolor que desde hacía tanto tiempo sufría continuaba inflamándose, pero sin estallar.

Nada había sanado.

Nada había acabado».

«Al invierno siguiente nos mudamos a Mainz, donde los alquileres eran más baratos. Tú acababas de entrar en la adolescencia y dijiste algo que todavía recuerdo. Mamá había abierto una tienda de productos alimentarios asíá-



RANDOM HOUSE

ticos y solía llegar tarde a casa. Fue una noche en que estábamos cenando unos platos de muesli que no podían verse más insípidos sobre la mesa vacía del comedor. Con la cabeza gacha, murmuraste que el silencio que separaba el pobre instrumento que era tu cuerpo de la canción que tenías que cantar te resultaba tan insalvable como un precipicio.

Entonces te me quedaste mirando con la misma expresión de aquella niña de cinco años que tenía las manos heladas por el frío, como diciendo que ya no había nada en el mundo que tuviera sentido. Entonces pensé para mis adentros: “Si ni siquiera tu propia voz puede acariciarte la cara como hace con la mía, ¿qué podrá consolarte entonces?”. No te imaginas la desesperación que me invadió».

«Besa con suavidad los párpados del niño dormido. Se acuesta junto al pequeño y cierra los ojos con fuerza porque quizá fuera esté nevando. Si tiene los ojos cerrados, no verá los grandes y brillantes cristales hexagonales, ni los copos blandos como plumas. Tampoco el mar de un morado oscuro ni los glaciares como picos nevados.

Hasta el final de la noche, no hay palabras ni luz en ella. Todo está cubierto de un manto blanco. La nieve se acumula sin descanso sobre su cuerpo rígido, como si el tiempo se hubiera congelado y desmenuzado. No hay ningún niño junto a ella. Tumbada inmóvil en el borde de la fría cama, invoca el sueño una y otra vez para poder besar los tibios párpados de su hijo».

«La primera vez que me abrazaste, cuando sentí el deseo anhelante e imposible de esconder que había en ese gesto, tomé conciencia de algo con una claridad escalofriante:

Tomé conciencia de que el cuerpo humano es triste, de que está lleno de zonas cóncavas, suaves y vulnerables, como brazos, axilas, pecho y entrepierna; de que es un cuerpo nacido para abrazar y desear el abrazo de alguien.

Debería haberlo hecho, debería haberte estrechado con todas mis fuerzas al menos una vez. Seguro que eso no me habría dañado. Lo habría sobrellevado, habría sobrevivido a ello».

«Seguramente no te habrás dado cuenta, pero a veces me imaginaba que tenía una larga charla contigo. Que yo te hablaba y tú me escuchabas; que tú me hablabas y yo te escuchaba. Cuando estábamos los dos solos en el aula vacía esperando a que empezara la clase, a veces me parecía que realmente estábamos manteniendo una conversación.

Entonces levantaba la vista y te veía allí sentada como un despojo, como un objeto mudo salvado de un naufragio, como alguien roto por la mitad o incluso en pedazos más pequeños. En esos momentos me dabas un poco de miedo. Pero al mismo tiempo tenía la sensación de que si me aproximaba a ti y me sentaba cerca, tú te también te levantarías y te acercarías a mí».

«Sus corazones laten juntos, pero él no sabe nada de ella. No sabe que cuando era pequeña se quedó contemplando las penumbras del patio preguntándose si



estaba bien que existiera en este mundo; no sabe que las palabras se le clavaban como una coraza de alfileres sobre el cuerpo desnudo; no sabe que en las pupilas de ella se reflejan los ojos de él, y que en estos se reflejan de nuevo las pupilas de ella, y así sucesivamente hasta el infinito; no sabe que eso la aterra, y que por eso aprieta con fuerza los labios, congestionados de sangre por la presión.

Con los ojos cerrados, él busca a tientas la parte más suave de su rostro. Acer-

ca la mejilla a los fríos labios de ella. Bajo sus párpados, arde la fotografía del sol que vio en la habitación de Joachim hace mucho tiempo. Sobre la gigantesca esfera en llamas se mueven oscuras manchas, manchas solares que explotan y se desplazan sobre la superficie alcanzando miles de grados de temperatura. Si quisiera verlas de cerca, sus iris se quemarían por muy gruesa que fuera el negativo de película con que se protegería».



RANDOM HOUSE

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La clase de griego* comienza citando la frase inscrita en la lápida de Borges —«Él tomó su espada, y colocó el metal desnudo entre los dos»—, que el profesor de griego interpreta como una metáfora de la ceguera del escritor. ¿Qué opináis de su interpretación? ¿Estáis de acuerdo con él? ¿Cuáles son las otras metáforas sobre los límites y la pérdida de los sentidos que aparecen a lo largo de la novela?
2. Si la interpretación que el profesor realiza de la cita del poema nórdico podría estar influenciada por su vivencia de la ceguera progresiva, su interés por el pensamiento de Platón y la reflexión del filósofo en torno a los sentidos y las ideas, según su amigo Joachim, también es consecuencia de la enfermedad ocular que ha heredado. La protagonista, a su vez, es una mujer que no puede hablar pero trabaja y explora las palabras desde la escritura poética. ¿Cuál es la reflexión que abre la novela acerca de cómo la experiencia personal y las limitaciones condicionan los intereses y modos de expresión de las personas? ¿Existe una relación profunda entre las limitaciones de los personajes y sus campos de interés o se trata de elecciones arbitrarias?
3. *La clase de griego* es una novela protagonizada por una mujer y un hombre. Mientras él narra su historia en primera persona, muchas veces a través de cartas dirigidas a otros, la historia de la mujer está narrada desde la distancia de una tercera persona. ¿Por qué pensáis que Han Kang alterna el uso de la primera y la tercera persona? ¿Qué nos dice este recurso acerca de los personajes y su relación con el mundo?
4. Incapaz de hablar, la protagonista de la novela es una mujer aislada en el silencio y la soledad. ¿Qué significados adquiere la pérdida del habla en la novela? ¿Por qué el haber perdido la custodia de su hijo a manos de su exmarido se traduce en una pérdida de la voz y el lenguaje?



5. La protagonista no consigue que las palabras salgan de su garganta pero continúa componiendo poemas. ¿Qué sucede cuando desaparece el habla? ¿Cómo es el vínculo de la protagonista con el lenguaje?
6. A partir de los personajes de una mujer que enmudece repentinamente y un profesor de una lengua muerta, *La clase de griego* indaga en el lenguaje, la materia prima de la literatura. ¿Qué ideas acerca del lenguaje circulan en la novela? ¿La autora lo enfoca desde la función comunicativa o también explora las palabras desde otras perspectivas?
7. Cuando el terapeuta busca una explicación para la pérdida del habla en los traumáticos acontecimientos recientes y las memorias de infancia de la protagonista, ella parece no estar muy convencida. ¿Por qué? ¿A qué responde esa necesidad suya tan íntima de ocupar el mínimo espacio posible?
8. Mientras ella, desde su silencio, observa el mundo que la rodea, él es un hombre que vuelve sobre su pasado a través de cartas y soliloquios. ¿Por qué para este personaje la memoria tiene tanto protagonismo? ¿A qué responde su impulso de mirar atrás?
9. La memoria está muy presente en una novela donde los recuerdos se entrelazan más de una vez con sueños y pesadillas recurrentes. En la escritura de Han Kang, ¿qué pasa con los límites entre realidad e ilusión? ¿Cómo resuena en su novela la frase de Borges que cita el profesor: «El mundo es una ilusión y la vida es un sueño»?
10. Han pasado muchos años pero el profesor continúa evocando su primer amor, la hija sordomuda del médico que diagnostica su enfermedad ocular, y el error que lo aleja irremediabilmente de ella. ¿Por qué ella reacciona con tanta ira y violencia cuando él le pide escuchar su voz? ¿Creéis que él comete un error? Este episodio, ¿sirve para él como aprendizaje? ¿Cómo influye en su relación con la protagonista?



11. Los límites y las barreras impuestas por la pérdida de los sentidos es un tema que recorre toda la novela. Pensando en los protagonistas, pero también, en la chica sordomuda o Joachim, ¿cómo transitan los personajes sus limitaciones? ¿Qué ocurre cuándo se señalan desde fuera?
12. Ante la perspectiva de que en un futuro perderá por completa la visión, el profesor decide regresar a Corea. ¿Por qué necesita poner distancia con su familia y regresar a su lugar natal? ¿El regreso a casa es posible o tras toda la juventud fuera queda condenado al desarraigo?
13. Pese a que ambos han tenido una familia, la soledad define en el presente la vida de los dos protagonistas. ¿Cómo se retrata esta soledad? A partir de estos personajes y sus rutinas en la ciudad, ¿cómo describe Han Kang la existencia en las urbes contemporáneas?
14. La falta de cercanía con su hijo se traduce, para la protagonista, en un dolor tan profundo como contenido. Entre los instantes de la vida compartida que ella recuerda está la escena en que ambos se ponen apodos. ¿Qué sentido adquieren estos apodos?
15. Tras el accidente en el que él pierde sus gafas, ella lo acompaña a casa y el profesor comienza a contarle episodios de su vida. ¿Por qué tiene esta necesidad de hablar del pasado con ella? Y ella, ¿por qué se marcha en la mañana y luego decide regresar?
16. *La clase de griego* es una novela que habla de aislamiento, de pérdida y soledad, pero también, del valor del contacto humano. ¿Desde qué lugar los personajes consiguen abrirse al contacto humano? ¿Es un contacto a través de las ideas o de los sentidos y el cuerpo?
17. Si habéis leído otras novelas de Han Kang, ¿veis paralelismos entre los protagonistas de *La clase de griego* y los personajes de sus novelas anteriores?



LA AUTORA



© Paik Dahum

HAN KANG (Gwangju, 1970) es una novelista y poeta surcoreana. En 2016 obtuvo el International Booker Prize con la novela *La vegetariana* (Rata, 2017), que fue traducida a más de treinta lenguas y adaptada al cine, y consagró a Kang como una de las autoras asiáticas más

importantes del panorama literario internacional. Ha publicado también las novelas *Blanco* (Rata, 2020), finalista del mismo premio, y *Actos humanos* (Rata, 2018). La obra de Kang incluye, a su vez, relatos, ensayos y volúmenes de poesía.



RANDOM HOUSE

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *LA CLASE DE GRIEGO*

«*La clase de griego* es impresionante. En humanidad, en lenguaje, en las formas del dolor y el silencio dentro y alrededor de nosotros. Han Kang siempre es una de las escritoras más lúcidas: ensancha el cielo de los sentimientos».

Max Porter

«*La clase de griego* es una novela extraordinaria que en cada lectura desvela nuevas profundidades. [...] No describe el dolor, sino que usa el lenguaje y la narración para encarnarlo. Un logro superlativo».

The Observer

«Entre la luz y la sombra, entre la oscuridad y la erudición, Han Kang aborda un estilo narrativo dinámico y luminoso que recuerda al de Platón utilizando la voz de Sócrates para inspirar a sus lectores con preguntas cuyas respuestas nunca están exentas de riesgo».

Fabien Deglise, *Le Devoir*

«Sinuosa y sublime, *La clase de griego* es una reflexión extraordinaria sobre el lenguaje, la violencia, la pérdida y la intimidad. Han Kang es una escritora incomparable. Con pocas líneas atraviesa la experiencia humana en su totalidad».

Katie Kitamura

«La vívida y a veces violenta narración de Han Kang despierta incluso los paladares literarios más saciados».

The Independent

«Han Kang convierte la trillada idea de la desconexión entre la mente y el cuerpo en algo fresco y sustancial. Va más allá de los sentidos habituales para traducir lo inmencionable».

Los Angeles Times

«Esta brillante y resplandeciente obra nunca se queda sin palabras. [...] Una vez más, Kang demuestra poseer una capacidad de visión extraordinaria».

Publishers Weekly

